

*La sombra
del animista*

BEATRIZ KIRSAN



CALIGRAMA

Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Todos los personajes, nombres, hechos, organizaciones y diálogos en esta obra son o bien producto de la imaginación del autor o han sido utilizados de manera ficticia.

La sombra del animista

Primera edición: agosto 2018

ISBN: 9788417483166

ISBN eBook: 9788417483791

© del texto:

Beatriz Kirsan

© de esta edición:

CALIGRAMA, 2018

www.caligramaeditorial.com

info@caligramaeditorial.com

Impreso en España – Printed in Spain

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Diríjase a info@caligramaeditorial.com si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*A cuanto el destino me deparó. A quienes, desde
arriba, derrochan la luz que me ampara. Y a
quienes, aquí abajo, aún velan por mí*

*«Para escribir un solo verso, se tienen que haber
visto muchas ciudades, hombres y cosas...
Es preciso poder pensar... en encuentros
inesperados y en despedidas que se vieron venir
desde mucho antes; en días de infancia que
permanecen oscuros...».*

RAINER MARÍA RILKE

Uno

—Violante, ya sabes que la creatividad y la extravagancia mantienen una relación tan estrecha como el verano y las vacaciones en la playa —solía considerar mi terapeuta, de cuando en cuando, al hacer referencia a mi madre.

Fingiendo atención, en aquellos momentos pensaba que llevaba años callando una sucesión de acontecimientos domésticos poco gratos y altamente reprobables protagonizados por mi progenitora; incidencias que daba a conocer en la revista del colegio a través de relatos protagonizados por dragones, hechiceras y personajes de semejante perfil.

—¿En qué piensas? —preguntó mi compañera de autocar, invitándome a regresar al momento presente.

Sin dejar de divisar el paraje que ofrecía la ventanilla del autobús que desplazaba a un generoso grupo de alumnas a un centro educativo situado a las afueras de Madrid, recordé que, en todas y cada una de las charlas que llevaba años manteniendo con mi psiquiatra, jamás me había atrevido a confesarle que Laura, mi madre, era alcohólica. Sin embargo, solo él conocía cuánto me costaba aceptar la altivez con la que mi progenitora criticaba los relatos que tanto me gustaba elaborar durante mis ratos libres.

—¡Esto es una basura, Violante! —solía exclamar Laura tras haber echado un vistazo a una página cualquiera de mi último trabajo.

Una voz de fondo me estampó contra la realidad.

—¿Es que no me vas a decir en qué piensas? —volvió a preguntarme la muchacha que se sentaba a mi vera. Sin darme por aludida, continué con la cabeza apoyada sobre el ventanal mientras intentaba comprender por qué mi psiquiatra tenía por costumbre recordarme la importancia de sentirse integrado. «Sinceramente, me da igual», le había repetido en más de una ocasión. Pero, para bien o para mal, parecía no escucharme.

De nuevo, inmersa en el momento presente, escuché a mi compañera de trayecto preguntarme por qué era tan reservada. En aquel instante, pegué los labios y evité comentarle que, desde que tenía uso de razón, había aceptado todas las situaciones que se habían abierto paso en mi vida con una excepción. «¿Acaso seré capaz de hacerte frente alguna vez, madre?», me había cuestionado más de una vez, con los labios sellados, en la consulta de mi terapeuta mientras recordaba la última conversación mantenida con mi progenitora; monólogo donde Laura me había advertido, por enésima vez, que jamás me desvelaría la identidad del estudiante a quien conoció durante la fiesta de fin de carrera: mi padre.

—Era muy atractivo —consideró, una lluviosa tarde, antes de darme a conocer que, tras engendrarme, el muy sinvergüenza no quiso saber más de ella.

«Pues no me extraña que no quisiera saber más de ti», pensé mientras contemplaba la manera en que bebía un largo trago de *gin-tonic*, acomodada sobre el tresillo de felpa de su alcoba.

—Sé más expansiva, Violante —me sugería mi psiquiatra, con frecuencia, durante la consulta.

Pero no lo era porque me avergonzaba confesarle que me revolvía presenciar la manera en que Laura bebía alcohol como

si fuese agua. Alguna vez le expliqué que mi madre se había aislado por ser escritora, antes de añadir que ese era el motivo por el que nunca nos habíamos relacionado adecuadamente.

—Es una pena —dijo el doctor, anotando algo en su cuaderno. Entonces me decidí a omitir que nuestro particular distanciamiento comenzó el día que reconocí que el aliento que derrochaba me echaba para atrás. A partir de aquel instante, comencé a imaginarla como un dragón que emitía turbulentas bocanadas de fuego. Y meses después, la figuración se materializó en las páginas del cuaderno donde comencé a relatar cuentos como *El lanzallamas*, *La serpiente envenenada* o *La leona y el cisne*; narraciones que contaron con el beneplácito de religiosas y estudiantes.

—¿Es que no me vas a dirigir la palabra? —volvió a preguntarme mi compañera de trayecto.

Entonces recordé que, según las palabras de mi psiquiatra, la práctica de la escritura podría equilibrar el estado de ánimo de cualquiera.

—Escribir te ayudará a descargar emociones, Violante. Además, tienes a quien parecete —consideró el doctor Verdell, desconociendo que la aludida tenía por costumbre abrazarme demasiado fuerte antes de desquitarse conmigo.

Pero el médico también ignoraba que, cuando mi progenitora se enfurecía conmigo, Herminia —mi cuidadora— se veía obligada a acudir a mi encuentro para protegerme de los zarandeos que se sucederían después; golpes que, más de una vez, me habían invitado acudir a horas intempestivas a la sala de espera del ambulatorio, pensando la manera en que habría de relatar al doctor de turno cómo había tropezado con el marco de alguna puerta.

—¿Te autolesionas? —me preguntó el médico de Urgencias la primera vez que acudí a la consulta.

Sin pensarlo dos veces, le juré que jamás sería capaz de infringirme los golpes que mi cuerpo mostraba.

«¿Qué les pasa a los doctores?», pensé al abandonar el despacho.

Tras el reconocimiento, al tanto de mis movimientos, Herminia se dispuso a cruzar el umbral de la consulta para hablar con el doctor a solas.

De regreso a casa, observé de reojo a la mujer que mi abuelo había dispuesto que fuese mi tutora y recordé que, como ella misma me había explicado, mi madre nunca había estado en sus cabales. Entonces pensé que, además de ser un ángel, la persona a la que llamaba «tía» —Herminia— nunca había dejado de hacerse cargo de las cuentas, las reuniones con las monjas o de mí. Las elucubraciones acerca de su amable presencia finalizaron poco antes de que me dejase caer sobre el lecho. Y, una vez acomodada, apenas sentí las molestias que me habían llevado a la sala de Urgencias. Porque, simple y llanamente, lo único que lamentaba era tener herida el alma. Asimismo, recordé que el concepto nunca había sido santo de devoción de mis compañeras; solo en *petit comité* las había escuchado decir que eso del «alma» era un bulo fruto de la educación que las monjas nos habían obligado a mamar desde nuestro ingreso en el jardín de infancia, pero presumí que la apreciación se contradecía con el interés con el que algunas de aquellas leían mis historias; relatos donde muchos de los personajes morían, resucitaban e incluso se reencarnaban. El caso es que, a pesar de la insistencia con que mis compañeras negaban la existencia del alma, yo la tenía localizada cerca del corazón. Y sabía que, cuando se lastimaba, las lágrimas solían aflorar para hacerla sanar.

—Doctor, la verdad es que no tengo muy buena opinión de mis compañeras. Ni de mí misma. Supongo que soy tan desconfiada como huraña —recordé que había admitido al doctor Verdell durante una de nuestras primeras citas, antes de confiarle que no deseaba tener amigos porque sabía que no era muy recomendable.

Inmensas gotas de lluvia no dejaban de estamparse contra las ventanillas del autocar cuando mi compañera de viaje me preguntó qué me estaba pasando por la cabeza.

—Nada —respondí.

A punto de que un frío enero alcanzase el final de la primera quincena de un recién inaugurado milenio, reprobé que mi abuelo hubiese dejado pagados mis estudios en un exclusivo centro docente hasta el final del ciclo académico. Sin despegar la mirada de la autopista, mis pensamientos se remontaron a la primera vez que coincidí con Dolores Dresler en la sala de espera de la consulta de mi psiquiatra.

—Yo le dije que viniera a buscarme, aunque nunca llegó —me susurró al oído antes de explicarme que no dejaba de sentirse culpable del accidente de tráfico que había acabado con la vida de su progenitor.

Instantes después, Dolores rompió a llorar. Me relató que mientras una tarde cualquiera ella lo esperaba a la salida del colegio, él moría dirigiéndose a su encuentro. En aquellos momentos, me prometí que jamás le revelaría que mi madre era adicta al alcohol; ni que aún continuaba velándome el nombre de mi padre.

El estallido de un furioso trueno me empujó a regresar al momento presente y advertí la fijación con que me miraba mi compañera de autocar; sin mostrarle excesivo interés, me perdí en el brillo que desprendía la joya opaca que lucía engarzada a una fina cadena alrededor del cuello. Deseosa por conocer la historia de aquella piedra, inicié una particular conversación. Le revelé que pensaba en el fascinante palacete Minaforte: la mansión que lindaba con el edificio donde vivía y el lugar en el que, a altas horas de la madrugada, solía hacer acto de presencia una silueta fantasmal frente a uno de sus ventanales.

—¿Es eso cierto? —preguntó, palideciendo.

Además de asentir, le confesé que nunca habían dejado de llamarme la atención las gárgolas que se exhibían en cada